
CONTROVERSIAS ANTE LA SIGNIFICACION:

del formalismo al ritual

Raymundo Mier

La lingüística ha vivido algunos momentos de euforia. Momentos en que se miraba a sí misma ante la inminencia de revelaciones que le permitían convertirse en la vía real hacia la comprensión de los fenómenos humanos. Muy pronto ha tenido que abandonar esas pretensiones. En todo el inmenso dominio de la lingüística: desde las consustanciales relaciones de la fonética con la biología de los órganos fonatorios hasta la etérea relación de las “invariantes” mitológicas con el discurso que las sustenta, se advierte ya el peso que tiene cierto cansancio, cierta imagen insostenible. El imperio de la lingüística, como frontera, como modelo, como fantasía de lo que habría de ser una “ciencia” comprensiva ha acogido no sin desconcierto la decadencia. Los dominios en que se han hecho ciertos avances, la sintaxis, la fonología, ciertas y restringidas certidumbres consolidadas por la lexicografía, han bastado para borrar toda pretensión de universalidad, de vastedad, a las generalizaciones lingüísticas. De explicación omnicomprendiva, la lingüística ha tenido que retroceder: o bien reconociendo su tributo a las “ciencias sociales” y admitiendo toda su carga de incertidumbres, o bien al negarse a esta inclusión, para preservar su imagen intacta de cientificidad, se ha visto arrastrada a construir una laboriosa y endeble filiación con la biología.

La significación ha sido, previsiblemente, el problema en el que convergen innumerables polémicas, incógnitas, disentimientos, deser-

ciones. Esta no es una condición reciente de los estudios lingüísticos: la incertidumbre ante la significación ha acompañado a la lingüística desde sus comienzos históricos. Madvig, Bréal, en el siglo XIX, citados siempre como esos nombres emblemáticos pero prescindibles, olvidados como iluminaciones inaugurales de la incertidumbre semántica, ya anunciaban todas las vacilaciones de nuestras actuales nociones de significación.

La caracterización dual de la significación alentada por la filosofía de Frege (al diferenciar sobre la base de la naturaleza de la relación referencial significado [*Bedeutung*] y sentido [*Sinn*]) es un testimonio de esa vacilación de la semántica que habrá de pesar en los tratamientos de la significación hasta nuestros días. Sobre la relación vacía, incierta y casi siempre inerte, entre lógica y semántica, se han sustentado las utopías analíticas, las exigencias de una tarea de interpretación que ha fatigado a la semántica, privándola de imaginación y de vitalidad. Las semánticas —y las semióticas— formales, o con pretensiones de serlo, no dejan ser más que una colección de desplantes, de inconsistentes exclusiones de matices, aspectos, movimientos de la significación que desembocan en trabajosas, y muchas veces anacrónicas y tardías revelaciones.

En plena euforia transformacionalista, en el comienzo de la década de los años setenta, todavía bajo la sombra incuestionable, bajo la hegemonía casi intacta del paradigma de la lingüística de Chomsky, se escucha un planteamiento aislado, insinuado apenas, de un notable lingüista japonés, S. Y. Kuroda, seguidor conspicuo de los lineamientos del transformacionalismo. Kuroda escribe:

“En ningún nivel de abstracción, las significaciones se nos dan con la forma de entidades formales. Es obvio que esto no excluye de ninguna manera la posibilidad de una significación formal. Ciertas relaciones y restricciones sobre las significaciones pueden ser efectivamente bien descritas de manera formal. Tales descripciones necesitarían como condición previa representaciones formales de la significación. Pero, una cosa es tener una representación formal de la significación, por medio de la cual ciertos aspectos de la significación pueden ser descritos formalmente, y otra es afirmar que tenemos la representación semántica. Una dificultad de la noción de representación semántica reside en el hecho de que no está dado, como dato primario y bajo una forma de carácter combinatorio, aquello que se supone está representado por la representación semántica.”¹

Este trabajo, originalmente publicado en 1974, planteaba ya, de manera ciertamente alusiva pero franca, una reserva ante las pretensiones de una semántica determinista. A partir de entonces la lingüística ha transitado por otros caminos, ha frecuentado otras perspectivas, ha tratado de afinar sus miradas al aproximarse al hecho de la significación. Los trabajos de Quine, en principio meras referencias periféricas al ámbito lingüístico, han llegado a ser reconocidos en muchos ámbitos como una definitiva influencia en nuestra actual mirada sobre la semántica. Cada vez menos podemos suscribir la fantasía resumida por un notabilísimo filósofo, Richard Montague, sobre el lugar de la reflexión semántica en lenguas naturales. Inicia un deslumbrante artículo, "English as a Formal Language", publicado originalmente en 1970, con una afirmación perentoria:

*"Rechazo la pretensión de que exista una diferencia teórica importante entre los lenguajes formales y naturales (...) Como Donald Davidson, contempló la construcción de una teoría de la verdad — más bien, de la noción más general de verdad bajo una interpretación arbitraria — como la finalidad básica de una sintaxis y una semántica serias."*²

Ya desde 1967, Davidson había afirmado que, si habría de ser plausible una teoría de verdad para el caso de las lenguas naturales, tendría que tomar en cuenta los deícticos y lo que Jakobson denominaría "shiffters" — un caso típico: los pronombres. Esto involucra una modificación de las condiciones de verdad como Tarsky las había formulado. Davidson propone entonces una nueva mirada para acercarse a una semántica de las lenguas naturales. Una oración tan simple como "Yo estoy cansado" (el ejemplo es de Davidson) nos pone ya en el centro de toda la polémica sobre la significación en términos de una concepción de verdad, determinante semánticamente. En efecto, "Yo estoy cansado" es verdad si y solamente si un sujeto X representado en el momento de la enunciación por la palabra "Yo" cumple cabalmente con el predicado "estar cansado". Davidson ofrece la condición en términos formales: definiendo una función de subjetividad (p) — ¿quién habla? — y un parámetro de temporalidad (t) — ¿cuándo habla? — que determine la condición de verdad³. Esta es una salida típica. Involucra necesariamente la interrogación sobre el contexto de enunciación, sobre las reglas que rigen el uso de ciertas palabras, de ciertos enunciados con ciertos propósitos; implica además otro complejo conjunto abierto e indeterminable de condiciones sobre el sentido que adquiere en un contexto específico el hecho de tomar la

palabra, etcétera.

Hacia la pragmática

La pragmática ofreció — ¿sigue ofreciendo? — para muchos una salida, aún precaria pero promisoria para estas pesadas interrogantes. Desde sus momentos inaugurales, en las *Philosophische Untersuchungen*, de Wittgenstein o en los trabajos de Austin, prolongados y diversificados por Searle, entre otros, la reflexión sobre el lenguaje toma cauces radicalmente extraños a las hasta entonces prestigiosas perspectivas lingüísticas — funcionales, estructurales, generativistas, incluso tagmémicas — de análisis de la significación.

Por otra parte, la pragmática⁴ a su vez, se diversifica, se desdobra en innumerables tentativas que van desde una prolongación y ampliación de una lógica veredictiva hasta una disgregación absoluta del hecho de significación, es decir, el desconocimiento de la validez de un análisis de las entidades lingüísticas al margen del proceso de interacción lingüística.

Incluso desde la semántica formal, a partir de un análisis de los postulados que han regido la semántica teórica conjuntista, Patrick Suppes propone que la única forma de superar las inadecuaciones de esta aproximación a las significaciones es ampliar su horizonte:

“Una teoría del lenguaje plenamente adecuada debe postular mecanismos que incorporen cuando menos tres tipos generales:

- i) mecanismos de aprendizaje para la adquisición del lenguaje.
- ii) mecanismos de ejecución para la producción y comprensión del lenguaje.

iii) *mecanismos de conexión que vinculen íntimamente el lenguaje a la percepción y a los movimientos corporales*”.⁵

Este desdoblamiento, esta comprensión extensa de la significación presentada por la semántica de procedimientos, advierte de la impostergable asunción, por parte de la semántica formal, de un lugar equívoco, incierto de la significación al inscribirse en un entorno cultural admitiendo como propio el lugar vertiginoso de la percepción y las capacidades expresivas del cuerpo. Admite finalmente el lugar de la significación como un universo poblado, saturado, entreverado de rituales, narraciones, memorias, adhesiones a ciertos patrones de ac-

tuación, fidelidades, pasiones por objetos y cuerpos presentes o desaparecidos, los cultos de la ausencia, la figura omnipresente de la muerte que sólo tiene cabida en y por el lenguaje.

De la pragmática a la etnografía

Cada vez me parece más difícil desoir las resonancias de esas dos intuiciones de Malinowski: la convicción de que toda semántica *es necesariamente* una etnografía (¿también una *etnología?*), y esa descripción de una mirada asombrada ante la evidencia del lenguaje como *acto absolutamente gratuito* para la significación. El lenguaje como materia despojada de otros sentidos que el de ser intercambiado como pura materia sonora, corporal, una materia destinada a referir la intensidad y la emoción de una colectividad, ese lenguaje objeto del descubrimiento de Malinowski, se erige como una revelación de la naturaleza lúdica, incluso mágica, del *acto de enunciación en su vínculo con la materia sonora del lenguaje* — tal vez sería mejor decir de los *lenguajes*. La descripción que hace Malinowski de esta pasión insospechada del lenguaje, aunque sin duda ya sabida, no deja de ser digna de una reflexión pormenorizada (de la que, sin embargo, nos abstendremos):

*“No puede haber duda alguna de que aquí tenemos un nuevo tipo de uso lingüístico — estoy tentado a llamarle comunión fática impulsado por el demonio de la invención terminológica — un tipo de unión creado por el solo intercambio de palabras”.*⁶ Malinowski sigue su descripción, la acompaña de una interrogación tras otra, interpone admiraciones, su descripción está llena de palabras que admiten una serie de matices, de factores en el acto del lenguaje, en la situación de enunciación cuya presencia es al mismo tiempo innegable e in formulable:

“[la situación] consiste sólo en esa atmósfera de sociabilidad y en el hecho de la comunión personal de esta gente. Pero esto se logra de hecho con el lenguaje, y la situación en todos los casos es creada por el intercambio de palabras, por los sentimientos específicos que constituyen la gregariedad en la convivencia, por el dar y recibir las enunciaciones que forman parte del chismorreo ordinario. La situación consiste, por completo, en lo que ocurre lingüísticamente. Cada enunciación es un acto cuyo único propósito es unir al hablante y a su interlocutor, mediante el vínculo de un cierto sentimiento social o alguna otra cosa. Una vez más el lenguaje aparece ante nosotros en esta función no como un

instrumento de reflexión, sino como un modo de acción".⁷

Malinowski es transparente en su vacilación y al mismo tiempo en su curiosidad, en su impaciencia, en su incapacidad para elaborar una explicación sin presupuestos oscuros o certidumbres arraigadas en una experiencia inverificable: la referencia a "los sentimientos específicos que constituyen la gregariedad en la convivencia" o el surgimiento en la interacción verbal de un vínculo sustentado por "un cierto sentimiento social o alguna otra cosa". El punto culminante de esta incursión de Malinowski en la dimensión fática es un gesto radical: la afirmación del intercambio lingüístico como modo de acción por sobre su calidad de instrumento de reflexión. El lenguaje revela una forma de existencia que es puro intercambio material, un desplazamiento de la materia sonora, un juego que sólo es la advertencia de una referencia al mismo tiempo vacía o arraigada en una plenitud ajena a la mirada explicativa de la antropología.

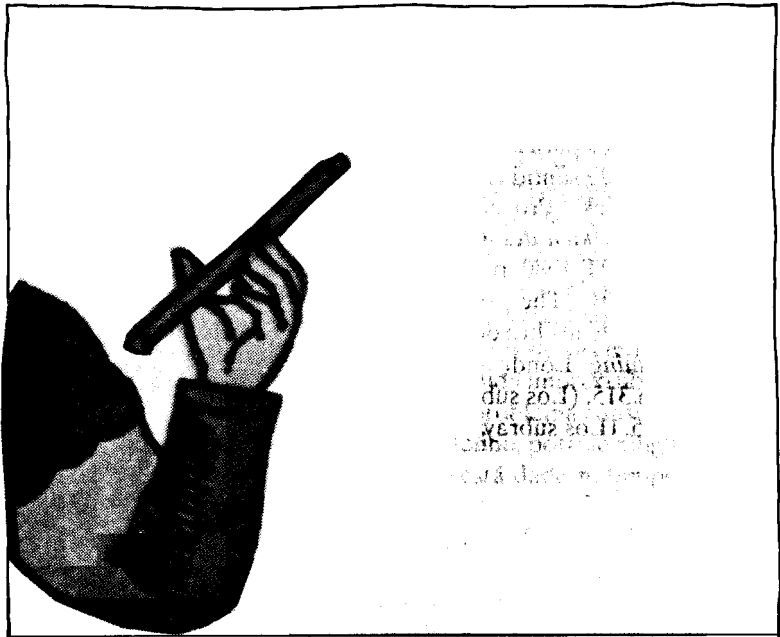
No obstante, lo fático entendido como una plenitud es también una iluminación excepcional del intercambio lingüístico: deja sólo entrever una plasticidad del lenguaje capaz de agolparse por completo en la acción. El lenguaje parece mostrar, en este comportamiento fático, una facultad imprevisible y extrema: es el único acto capaz de convertirse en acción pura. Todos los otros actos, acechados por el lenguaje, se pliegan, se conforman a las significaciones que éste les ofrece. El acto más ínfimo que adquiera existencia para la cultura nace desde la significación y es incapaz de renunciar a ella. Sólo el lenguaje es capaz de hacer existir este acto límite de renuncia: la renuncia al sentido sólo surge, paradójicamente, en el acto de lenguaje. El acto, la donación fática desplaza su sentido a la propia enunciación: tomar la palabra es entonces el único objeto de intercambio, despojar de su sentido a la materia del sentido para depositar en el acto el momento culminante de la donación.

Este gesto refrenda el universo cultural en su totalidad: es el punto donde se condensa y se renueva la certidumbre en la vigencia de una colectividad. Tal vez el intercambio fático es el punto más íntimo de la vasta red de los rituales. Los turnos, los tiempos, los ritmos de la palabra; los gestos de cortesía, los movimientos de las manos, del cuerpo; las fisonomías, la dirección de la mirada son la escritura corporal de una veneración intrínseca, una memoria capaz de asediar los perfiles móviles del cuerpo, capaz de convertirlos en el rastro de reglas, de normas, de pactos, de historias; la enunciación como acto

primordial del don del cuerpo se alimenta de los tonos de voz, de esa materia del lenguaje que es más una reminiscencia y una conmemoración que una afirmación de verdad o un encuentro con un mundo ajeno al universo colectivo.

Este momento fático —que aún hoy conservamos a pesar de nuestra vida colectiva devastada—, es entonces ese momento casi irrelevante, ese umbral que franqueamos como una depuración o un tributo, como una dignidad difícil de abandonar: saludarnos en el encuentro, dirigirnos siquiera una palabra insignificante; es precisamente el borde, la línea limítrofe que nos separa del desencanto y la disipación de los rituales; y es, al mismo tiempo, el horizonte que deja adivinar la posibilidad de la donación pura, ahí donde los signos, donde los símbolos se privan de sentido.

El lenguaje, revelado en su potencia como puro acto a través de la dimensión fática, exhibe el peso del ritual en la gestación misma de las significaciones colectivas. Y al mismo tiempo construye en ese gesto último, constitutivo, fundamental del lenguaje —la enunciación— el sentido del acto mismo de la donación y de las reglas de intercambio.



Notas y referencias bibliográficas

1. Kuroda, S.Y. "Geach, Katz et la notion de présupposition", en: *Aux quatre coins de la linguistique*. París, Seuil, 1979. p.230.
2. Montague, R. "English as a Formal Language", en: R. Montague, *Formal philosophy. Selected papers of Richard Montague*. New Haven, Yale University Press, 1974. p.188.
3. "Yo estoy cansado" es verdadero al ser (potencialmente) enunciado por el sujeto p en el tiempo t si y sólo si p está cansado en el tiempo t .
4. La palabra *pragmática*, sin duda guarda un parentesco, no sólo por su etimología sino también por su historia con el "pragmatismo" norteamericano. En particular, la obra central de Ch. S. Peirce y después la propuesta de Ch. Morris, inspirada en la obra del propio Peirce, abren la posibilidad de una incorporación en términos teóricos de la pragmática al incluirla como parte esencial de una semiótica general. Con ello incitan también una profunda y perturbadora redefinición de la filosofía del lenguaje y en las interrogaciones acerca de la significación. La propuesta peirciana, más radical, excéntrica, polivalente que la de Morris, en sus irremisibles convergencias con la filosofía de Oxford, permite entrever dimensiones aún inaprehensibles en términos explicativos para la comprensión de los procesos de semiosis (de creación de sentido).
5. Suppes, Patrick. "Procedural semantics", en: *Sprache, logik un philosophie. Akten des 4. Internationalen Wittgenstein Symposiums*. Viena, HPT, 1980. p.27. (El subrayado es mío, R.M.)
6. Malinowski, B. "The problem of meaning in primitive languages", suplemento al libro de C.K. Ogdens y I.A. Richards, *The meaning of meaning*. Londres, Routledge & Kegan Paul, 10a. edición, 1952. p.315. (Los subrayados son míos, R.M.)
7. *Ibid.*, p.315. (Los subrayados son míos, R.M.)